

El escritor y su conflicto*

Horacio Castellanos Moya

No me gusta la palabra conflicto, quizá porque se ha percutido en la boca de los políticos, o quizá porque pertenece a esa categoría de palabras que pierden su brillo al ser utilizadas para describir las más disímiles situaciones. Hecha esta salvedad, pasaré a utilizarla con la misma actitud con la que vivo en un lugar en el que preferiría no vivir, a sabiendas de que carezco de un sitio mejor adonde mudarme.

La principal razón por la que me he dedicado a escribir literatura es porque he vivido, desde que tengo memoria, en un estado permanente de conflicto. Y cuando digo permanente, me refiero a que apenas conozco como destello esa experiencia vital llamada equilibrio, sosiego o paz interior a la que tantas personas aluden. He vivido en un estado permanente de conflicto conmigo mismo y con el mundo que me rodea. Es algo que yo no he escogido; no ha sido una opción consciente, sino que se trata de una forma de ser que me ha sucedido y me sucede, como una especie de destino, tara o enfermedad congénita. Y podría describirse como un estado permanente de inconformidad o de contradicción irresuelta, un estado de ánimo a causa del cual deseo estar en un lugar distinto de donde estoy, ser distinto de como soy, poseer personas y objetos diferentes de los que poseo. No seré yo el primero ni el último en decir que, para ciertos escritores, el impulso creativo brota de la infelicidad, como el hongo alucinógeno brota de los excrementos de la vaca; en mi caso, al menos, es la fricción que genera la chispa de la que proceden las ficciones que he escrito. Seguramente si la felicidad fuera el estado dominante en mi vida, si me aceptara gustoso tal como soy y aceptara gustoso al mundo que me rodea, me dedicaría a la contemplación y el silencio, o mi vida estaría consagrada a la realización de buenas acciones que ayudaran al prójimo.

Es decir que yo no escribo solo por el placer de contar historias, a diferencia de muchos autores que así definen el origen de su vocación. Eso no significa, claro está, que a veces no me divierta escribiendo las historias que escribo, pero no lo hago solo por ese placer en sí mismo. Yo escribo para liberar la presión que me produce el estado permanente de conflicto, de infelicidad, de inadaptación conmigo y con la realidad que me circunda. Aunque también haya otros motivos en el origen de mi escritura, como las heridas en la memoria, el rencor ante la injusticia, el deseo de saldar cuentas.

Pero ¿de dónde procede ese estado permanente de conflicto? ¿Cuál es su origen? No lo sé con certeza; solo sé que gracias a ello existen mis libros, la escritura de los cuales a veces me sirve como consuelo. Durante muchos años creí que haber nacido

* Este texto fue leído en Les Assises Internationales du Roman 2013, en Villa Gillet, Lyon, Francia.

y haber crecido en las sociedades centroamericanas –tan injustas, desequilibradas y violentas– era la causa de mi fractura interior, tal como la llamaba Octavio Paz. Ciertamente salir de la adolescencia y convertirse en adulto al calor de una guerra civil marca para la vida entera; la proximidad de la muerte trastoca la conciencia, la forma de percibir. Pero ahora no sé si mi manera de ser es atribuible solo a esa experiencia.

Tampoco estoy seguro de si esa incomodidad conmigo mismo y con el mundo es la que me permite convertirme en mis personajes, meterme en la piel del otro, del que quisiera ser, del que podría haber sido o del que nunca quise haber sido; o imaginar situaciones límites y vivirlas con mucha intensidad a la hora de escribirlas. Me pregunto si la cosa es tan sencilla como decir que uno se inventa un mundo de ficción porque está a disgusto con el mundo llamado realidad, y que sin ese conflicto que el escritor vive cotidianamente no habría literatura, al menos tal como yo la entiendo.